

TODAS LAS MUERTES DE LÁZARO

DIEGO ARNULFO MURCIA LETONA

Department of Creative Writing

APPROVED:

---

Luis Arturo Ramos, Chair

---

Benjamin Alyre Sáenz, M.F.A.

---

Pedro Pérez del Solar, Ph.D.

---

Benjamin C. Flores, Ph.D.  
Dean of the Graduate School

Copyright ©

By

Diego Armulfo Murcia Letona

2013

A mis cómplices:

José y La Jose.

Martín Letona. La Munda.

Rodrigo Baires Quezada.

Chancho. Los faritos.

Rafa Menjívar.

Liz.

PREVIEW

TODAS LAS MUERTES DE LÁZARO

by

DIEGO ARNULFO MURCIA LETONA

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2013

UMI Number: 1540901

All rights reserved

INFORMATION TO ALL USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if material had to be removed, a note will indicate the deletion.



UMI 1540901

Published by ProQuest LLC (2013). Copyright in the Dissertation held by the Author.

Microform Edition © ProQuest LLC.

All rights reserved. This work is protected against unauthorized copying under Title 17, United States Code



ProQuest LLC.  
789 East Eisenhower Parkway  
P.O. Box 1346  
Ann Arbor, MI 48106 - 1346

## AGRADECIMIENTOS

Este texto es la suma de muchas vivencias. En él reposan la memoria de todas personas que impulsaron mi deseo de saber... aun cuando esta empresa implicara dejar el hogar, la tierra y la vida.

Mi primer agradecimiento va a Luis Arturo Ramos, mi director de tesis, de quien he aprendido a reflexionar sobre mi oficio. Incluyo acá a mi familia, de cuyo seno nació la inspiración y la ensoñación de mis historias.

De igual manera, agradezco la paciencia, la compañía y las enseñanzas de cada uno de los profesores y las profesoras con quienes tomé clases en los departamentos de Escritura Creativa y de Español. Sin su calidez y su ánimo dispuesto a ejercer la imaginación y la inteligencia, estas páginas tendrían otra forma. Destaco la incondicional amistad de Ben Sáenz, Chair del Departamento de Escritura Creativa, quien desde el primer día de mi arribo, me tendió la mano de manera desinteresada.

Asimismo, a mis amigos Sylvia Aguilar Zéleny, Diego Murcia, Eduardo Morales, Blake Nemec, Rodrigo Baires Quezada, Carlos Reyna, Daniel Valencia Caravantes, Magdalena Holztrattner y Lyl Álvarez Calderón sin cuya complicidad este trabajo hoy no sería posible.

## RESUMEN

*Todas las muertes de Lázaro* es una novela negra que habla de corrupción, ansias de poder, ambición y decepción. En este libro, el tema de la muerte es una excusa para hablar de todo un país, El Salvador, y sus contradicciones a través del cinismo, el humor y el escepticismo. Su personaje principal, El Píbul, es una representación del desamparo generalizado que el ciudadano común tiene de las instituciones del Estado. Este detective se embarca –por orden presidencial- en una búsqueda misteriosa que le requiere dar con un amo del disfraz. A medida que el investigador se interna en los mundos donde Lázaro se mueve, muchas verdades sobre la naturaleza humana se le irán revelando. Al final, rodeado de tanta muerte, deberá tomar una decisión que jugará en su contra por desafiar a los intereses de los poderosos de turno.



## TABLA DE CONTENIDO

Agradecimientos.....	v
Resumen.....	vi
Tabla de contenido.....	vii
Prefacio.....	1
Contexto histórico.....	1
Antecedente literarios.....	5
Intenciones narrativas.....	11
Obras citadas en el “Prefacio” .....	18
Todas las muertes de Lázaro.....	22
I.....	23
Levántate y anda.....	23
¡Ve por él, muchacho!.....	29
Las ansias del presidente.....	35
Bitácora general.....	42
Un forense en apuros.....	45
El culo del mundo.....	48
II.....	59
El reZucitado.....	59
El inmortal.....	60

Máscara contra cabellera.....	68
Expedientes secretos.Z.....	71
El viejo loco.....	77
Bad Boyz!.....	87
No me lo vas a creer.....	93
Morir todavía.....	96
Bitácora general.....	112
Pandilleros incendian microbuses y queman a 14 pasajeros.....	114
Huele a chicharrón.....	117
Half and a half.....	126
¿Qué quieren los periquitos? ¡Macita!.....	129
Maniobras evasivas.....	136
El último suspiro.....	140
Ginemimetofílico, ¿yo?.....	149
El que a yerro mata.....	154
Mutis por el foro.....	157
¡Hartate la calavera de tu madre!.....	161
¡Venga esa mano!.....	166
III.....	180
#encahimbados_cr.....	180
El dolor del deudo.....	182

Donde pone la bala, pone la plata.....	189
No country for old men.....	194
¡Échese!.....	200
Me asfixiás tanto.....	205
¡Niños y mujeres primero!.....	211
Muerto el perro.....	211
Epílogo.....	218
Bitácora personal.....	218
Curriculum Vitae.....	224

## PREFACIO

Por Diego Murcia

### CONTEXTO HISTÓRICO

Mi novela nació de una depresión de la que aún no me recupero.

Cuando escribí la primera página de *Todas las muertes de Lázaro* -una pieza que aún no tenía título siquiera- el sentimiento de frustración hacía ratos se había apoderado de mí.

Inicié mi carrera como periodista en 2002. En ese entonces, las maras no eran el leviatán internacional que es hoy. Las autoridades locales consideraban que éstos “muchachos” eran vagos sin oficio ni beneficio o, a lo mucho, delincuentes de poca monta. Pero, en pocos años se fueron haciendo notar. Y los sectores políticos también vieron en este fenómeno un capital electoral que merecía la pena ser explotado para explicar la violencia del país. En 2004 ya el escritor Rafael Rodríguez Heredia promocionaba su libro *La Mara*, describiendo cómo estos pandilleros se habían ido afincando en la ruta del migrante en territorio mexicano.

Para entonces, las decapitaciones, los secuestros, las rentas, las balaceras

espontáneas, los grupos paramilitares, el narcotráfico... comenzaban a ser el pan de cada día. En el período de enero de 2005 a febrero de 2008, el número de homicidios fluctuaban a un promedio de 10 incidentes por día. Ciertamente es que por tres años el promedio bajó, pero en 2011<sup>1</sup> la cifra volvió a subir y parecía no tener marcha atrás: 13.6 asesinatos por cada 100 mil personas. Es decir que, en un país de 5.6 millones de habitantes, hasta diciembre de 2011, cada día moría un promedio de dos personas cada dos horas.

Naciones Unidas considera que arriba de 10 asesinatos por día se puede hablar de epidemia. El principal síntoma que los salvadoreños experimentan al día de hoy es la sensación de salir a la calle con la incertidumbre de si se iba a volver con vida o no a casa.

La primera vez que se cruzó por mi mente la idea de “*Todas las muertes de Lázaro*” (o “*Lázaro*”, para abreviar de aquí en adelante), me vino luego de que un compañero periodista publicara una fotografía cuya imagen se quedó grabada en mi mente. En la foto se observa un cadáver de una mujer tendido en el suelo a la entrada de un pasaje. El espacio donde yace la mujer está resguardado por una cinta policial y los mirones son arreados lejos del cordón por un par de policías mientras aguardan a que los forenses lleguen al lugar. A la izquierda de la foto, a

---

<sup>1</sup> Véase: Córdova, Ricardo. *Atlas de la violencia en El Salvador (2005-2011)* 1. (2012): 79. Web. 15 Apr 2013. <http://bitly.com/SODwAV>. Los periódicos de la época han dado justa cuenta de todos estos datos y las historias tras los números están retratadas en crónicas periodísticas como Sala Negra de [www.elfaro.net](http://www.elfaro.net)

pocos metros de donde está la asesinada bañada en su sangre, unos niños juegan al fútbol; del otro extremo, un vendedor de garrafones de agua purificada se abre paso entre los mirones.

Me sorprendió la indiferencia ahí retratada. Me indignó la naturalidad con que algunos, después de tantos años de guerras civiles, empezamos a aceptar la realidad de nuestra violencia y seguimos con nuestras vidas como si nada ocurriera.

Meses más tarde, apareció una noticia en el periódico que generó mucha controversia: dos hombres y una mujer abordaron un autobús público y asaltaron a sus pasajeros. En el proceso, golpearon a una mujer embarazada que se negó a soltar su cartera. Indignado, un guardia de seguridad privada que se dirigía a su hogar, disparó contra los ladrones y mató a uno de ellos. El guardia se dio a la fuga, la gente lo protegió cuanto pudo. Pero no tardaron en atraparlo y enjuiciarlo. El acto dividió la opinión pública entre aquellos que celebraban la muerte de los rateros y los que repudiaban el proceder del guardia.

A principios de 2012 el gobierno salvadoreño decidió pactar una tregua con las dos pandillas más grandes del país en la que suscribía darles algunas concesiones a sus miembros presos en cárceles de máxima seguridad a cambio de la reducción en el número de asesinatos. Según datos oficiales de la Policía Nacional Civil (PNC) en 2012, como consecuencia directa de la tregua, se generó

un abrupto escalón: en enero hubo 13.3 homicidios diarios; en febrero, 13.9; en marzo, 8.1; en abril, 5.2; en mayo, 5.6; y en la primera quincena de junio, 6.3 y así, desde mediados del año pasado, la reducción en los asesinatos se ha mantenido hasta llegar a números insospechados. En términos porcentuales, la reducción es del 58% entre lo que ocurría antes y después del 8 de marzo de 2012. Mis sospechas sobre la capacidad de la clase política por mantenerse en el poder aprovechándose de las circunstancias se hicieron realidad. Es decir, a la sociedad se le ha dado un placebo a costa de hacer pactos con el diablo.

Desde su fundación, Centroamérica ha sido una región en constantes conflictos sociales que abarcan desde la lucha por la independencia en días de la corona española hasta la reciente guerra urbana contra las pandillas y el narcoterrorismo. Para colmo, Centroamérica ha tenido una historia de dictaduras oligárquicas y militares durante el siglo XIX y la mayor parte del siglo XX. Cada país ha reaccionado de forma diferente a estas dictaduras, dependiendo de sus coyunturas sociales y culturales; a esto hay que sumar el contexto mundial en el que se desarrollan las políticas internacionales de las grandes potencias como Estados Unidos y la ex Unión Soviética.

El Salvador en el que yo nací estaba en guerra, luego tuvo un periodo de diez años de supuesta paz y volvió a caer en las garras de otro conflicto armado. En otras palabras, la mía es una generación violenta por herencia. Violenta y

cínica, que ha monopolizado el bienestar individual por encima de la seguridad colectiva. Una generación aprendió a hablar –y gusta- de la violencia cuando ella no es la victimaria.

### ANTECEDENTES LITERARIOS

Lázaro es un intento de liberación de lo que el académico Dante Barrientos Tecún denomina “estética de la provocación y del morbo” en su ensayo «Algunas propuestas de la narrativa centroamericana contemporánea: Franz Galich (Guatemala, 1951 - Nicaragua 2007)». Barrientos Tecún explica que esta estética busca sacar al lector de su zona de confort y hacerlo reaccionar con indignación ante la muerte que yace más allá de las páginas del libro.

Por ejemplo, en El Salvador, luego de 12 años de conflicto armado y tras de la firma de los Acuerdos de Paz (1992), pocos han sido los autores que han dado su versión de los hechos, esos fragmentos que ayudarán a reconstruir esa verdad de lo que sucedió en esos años de guerra, sobre todo en el caso de 29 mil desaparecidos -en su mayoría civiles; para colmo, buen número de estos fueron niños - que dejó como saldo la guerra civil salvadoreña. Si ya pasaron 20 años de esa guerra, ¿por qué el tema no ha suscitado más interés? ¿Por qué los mismos escritores que se negaron a usar la salida de emergencia del exilio no han vuelto a



esos días? ¿Por qué la idea de cerrar las heridas causa tanto miedo a las partes involucradas?

De acuerdo con Beatriz Cortez, “la ficción centroamericana de posguerra presenta a un individuo sometido a las normas sociales que rigen el espacio público y forzado a representar las versiones oficiales y hegemónicas de la identidad centroamericana. Ante la mirada vigilante de quienes le rodean y la amenaza de ser marginado el individuo mantiene su identidad oculta. Solamente la manifiesta en la confianza de su espacio privado, en soledad o cuando logra adquirir un carácter anónimo en ciertos espacios de la ciudad”. Cortez asegura que los escritores contemporáneos usan en sus obras la técnica de la “estética del cinismo” como una forma de supervivencia en la literatura que surgió en El Salvador tras el cese al fuego. Para ella, esos textos carecen del espíritu romántico del periodo revolucionario de la década de los años 70 del siglo pasado. Así, no estamos frente a textos literarios sino ante retratos de nuestras sociedades sumergidas en el caos, la violencia y la corrupción. El cinismo, en ese sentido, es la plataforma que permite a los autores caminar sobre el valle de lágrimas de la violencia actual.

El contexto en el que nace Lázaro es el de una nueva guerra. Donde la realidad está superando a la ficción. Como dice Horacio Castellanos Moya: “He aquí una situación insólita que enfrentamos algunos escritores latinoamericanos:

la realidad de la violencia criminal que afecta a nuestras sociedades es de tal magnitud que nuestras obras de ficción resultan a veces conservadoras y palidecen ante los hechos cotidianos, de tal manera que un texto que en un país europeo se consideraría una novela negra y cruda, en México, Colombia o El Salvador parecerá light frente a la lectura de la página diaria de sucesos del periódico” .

La novela centroamericana adolece de lo mismo que sus habitantes: frustración. Al menos así lo estima Misha Kokotovic, que se refiere a ella como una “a frustated mystery novel” (24), en su ensayo crítico titulado “Neoliberalismo y novela negra en la posguerra centroamericana”. En dicho estudio el investigador literario analiza la producción literaria centroamericana de novelas policiales y novelas negras en las décadas posteriores a 1990.

Mucha de esta frustración ha encontrado su válvula de escape en las páginas de las novelas neopolicíacas.

En el caso de Centroamérica, el neopolicial debe ser entendida como un género que construye su discurso narrativo en un “accidente social”, como lo llama Ignacio Taibo II en *La otra novela policial*. Es decir, la “calma” del universo literario de los personajes de una obra de texto pensado por el autor se interrumpe intempestivamente por el cometimiento de crimen desatando así una búsqueda irrefrenable de la verdad que traerá todo a la normalidad. Para crear

este efecto, entonces, el autor del neopolicial apela a las diferencias sociales como su motivación esencial para provocar un “accidente” y tratar de resolverlo o no.

Misha Kokotovic insinúa que la frustración que causan estos accidentes sociales con los que convive no solo en la ficción sino en la vida real, tienen su origen en las cicatrices sin sanar de las pasadas guerras civiles y de los viejos gobiernos autoritarios que azolaron la región. Esas cicatrices son las semillas de la actual ola de criminalidad que parece no tener fin y que, lejos de estancarse, ha mutado en formas que ni en la guerra fue posible soñar.

En el caso salvadoreño, pareciera que nunca hubo cese de fuego, que los desaparecidos se siguen acumulando en las bitácoras policiales, que las dictaduras siguen en el poder. Por eso, me decanté por la novela policial negra –que se funda en la desconfianza en las instituciones- porque me pareció un género perfecto para desarrollar el sentido de la estética del cinismo. También, el género me sirve para hablar de la desembocadura de un periodo: la posguerra. Considero que es necesario indignarse ante la violencia para no poder la poca humanidad que nos queda. Jean Bessière, sostiene que la paradoja de la obra, reflejo y espejo de la Historia, se resume en el hecho de que la literatura se toma entonces por lo que representa un estado, un devenir social, al mismo tiempo que trasciende las condiciones de su producción, que es un lugar que habla de él mismo, y por lo tanto es un acceso privilegiado a la Historia (369).

La mayoría de críticos literarios concuerda en decir que la década de los 90 significó un despertar de la novela policial en Centroamérica; neopolicial centroamericano, le llaman. Al parecer este género recoge las mismas características que Rubem Fonseca, Paco Ignacio Taibo y Rafael Ramírez Heredia, entre otros, empezaron a plasmar en los 70 en México, España, Cuba, Argentina y Brasil. Estamos hablando de 20 años de diferencia, quizá más, que sirvieron, de acuerdo con Leonardo Padura Fuentes, para hablar, en esa época, de “... los mundos citadinos y contemporáneos en los cuales conviven el crimen y la vida, la violencia y la realidad más rampatente y esencial de un universo abocado a todas las crisis políticas, económicas, morales y culturales” (Padura Fuentes, 15).

Tal vez, las únicas particularidades que el neopolicial centroamericano puede presumir es su “tardía” entrada al juego detectivesco, su reducido espacio territorial y, por ende, editorial de distribución comercial literaria y la imparable fuga de cerebros que buscan proyección internacional para que su obra sea reconocida. Incluso podríamos decir que también adolece de jocosidad regional, un atributo muy cercano a la picaresca, diría el estudioso literario Emiliano Coello Gutiérrez, quien afirma que por ello el género debiera nombrarse como “novela neopoliciaca centroamericana actual”. Mi novela adolece de todas estas características que he mencionado. No solo porque es hija de la posguerra y el desencanto sino porque, desde el cese del fuego, la violencia es el único lenguaje que me ha permitido plasmar la imagen que tengo de mi país antes los extranjeros.

Creo que la mejor manera de conocer a un pueblo es tratando de averiguar cómo tratan a sus muertos, cómo se resuelven sus homicidios. Por ello resulta un gran tino desarrollar el género negro en Centroamérica. Coello Gutiérrez asegura que “el homicidio se concibe, pues, como un cúmulo de imágenes dispersas, como una sustancia inconocible a la que, a través de la fabulación, hay que violentar para encontrarle un sentido que por sí misma no tiene. Todas las versiones añaden, por lo tanto, una cuota de mentira a lo ocurrido, porque la realidad, por sí misma fragmentaria y anárquica, no se aviene con los imperativos de la lógica o de un sistema racional”. De ahí que mis grandes referentes literarios sean otros escritores de posguerra. Ellos y yo somos producto de guerras civiles y sufrimos la necesidad de ser testigos de nuestros tiempos.

Juan José Colín afirma en su ensayo *La novela negra en Centroamérica: Cualquier forma de morir*, de Rafael Menjivar Ochoa que el neopolicial centroamericano -salvando las distancias con el resto de Latinoamérica- “representa una nueva forma de denuncia que se gesta en la medida que la literatura de crítica social, en su forma tradicional, pierde gradualmente su impacto primero merced al sobreuso estilístico y a la evolución natural de la literatura. Esta vertiente de la narrativa obedece, coincide la crítica, al impacto que ejerce la sociedad en la que vive el escritor. Aquí se alude a la novela policiaca contemporánea posterior a Hammett y Chandler y a su lugar en la prosa latinoamericana en general” (Colin, 1).

De ahí que mis otros referentes literarios también sean contestatarios a su manera, aunque hayan renegado de su participación en los movimientos de izquierda revolucionaria en Centroamérica: Horacio Castellanos Moya, hablando del pasado, de la guerra, sus testaferros y sus víctimas en *La sirvienta y el luchador* y *Tirana memoria*; Arquímedes González, reconstruyendo la verdad desde el punto de vista periodístico, poniendo en tela de juicio a los defensores de la verdad y mostrando cómo se construye un mito desde la subjetividad en *El Fabuloso Blackwell*; Rodrigo Rey Rosa relatando como la cotidianidad -ese aburrido estado de silencio que viene tras la paz- puede ser la excusa perfecta para cometer un asesinato pasional en *Severina*; o, Rubén Fonseca Mora consumando una venganza ecológica, donde una familia debe convivir con un depredador sexual, y una selva, sobrevivir a un animal de rapiña forestal en *La ventana abierta*.

Tal es el desencanto con las sociedades en las que se engendran estas obras y el cinismo de sus autores, que Kokotovic no duda en concluir que la centroamericana “is a frustrated mystery novel, for it revolves around a crime that is never fully elucidated” (Kokotovic, 24).

## INTENCIONES NARRATIVAS

*Lázaro* viene al mundo cuajado por los hechos violentos que he relatado al principio de este prefacio. Mi intención al crearlo nace de una pregunta: ¿qué pasaría si existiera un justiciero que pudiera combatir la criminalidad del país? La respuesta es más que obvia: la clase política buscaría sacarle el mejor de los provechos.

De esa idea solo tenía clara una escena: un hombre yace en una caja frigorífica en la morgue, mientras un grupo de policías e investigadores lo observan. El más viejo de los policías narraba sus aventuras de justiciero y cómo, a pesar de su don de la inmortalidad, había terminado en la morgue por gusto propio.

De estas cifras y del hecho de que la seguridad se ha convertido en un privilegio para pocos y que, para colmo, estos pocos lo han convertido en un gran negocio, nació la idea de *Lázaro*. En algún momento pensé en que este hombre debía tener algo en su ser que lo hiciera deseable a los grupos de poder. Debía ser algo que se pudiera vender, comerciar a cambio de poder. Pensé en dotarlo de un gen, un código biológico donde se escondiera el secreto de su inmortalidad. El gen sería una especie de arma biológica que serviría para combatir a la muerte, al crimen... o quizá hasta dominar al mundo si se le lograba extirpar.

Desde luego, de aquella primera página Lázaro ya solo quedan los recuerdos. Ahora tengo una novela que narra las aventuras y desventuras de El Píbul, un detective designado por la Presidencia de la República de Carolina para encontrar a un misterioso hombre que parece ser el rey de los disfraces. El sabueso policial pronto descubrirá que hay dos grupos poderosos interesados en encontrar a este hombre llamado Lázaro pues este posee una capacidad de regeneración genética que lo convierte en inmortal. En el proceso, El Píbul descubrirá que su mejor amigo ha sido asesinado por uno de los grupos criminales. El mismo investigador tendrá que decidir si seguir con la misión designada o convertirse en un asesino para bien de la humanidad. La decisión que tome, de todos modos, no afectará la manera en que se jueguen las piezas de poder en el tablero político de Carolina.

Los crímenes mostrados en Lázaro obedecen a una debilidad humana: rabia, ansia de poder, envidia, odio, codicia, lujuria... que son características presentes en este texto al que considero una parodia de novela negra. Para ello, me valí de un tono extremo y casi demencial de la narración. Jugué con los clichés propios del género para criticar a las instituciones legales que nos protegen del crimen, para reírme de la idiosincrasia de mi pueblo -que es la mía propia-, para desahogarme un poco de tanta violencia. Y es que cuando escribía mi novela solo tenía en mente una cosa: tratar de hablar por aquellos que no tienen voz. En ese sentido, Lázaro es un homenaje a las víctimas de la violencia